

RECUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLIN A BOGOTÁ

1862

(Continuación).

X

ALTO DE LA PAJA, 25 DE DICIEMBRE DE 1862

Supongo que la carta anterior ha sido concluída esta mañana, y sigo con la presente.

Aderezadas todas las cosas, nos dimos á la obra bastante temprano, para evitar en las primeras horas del día el calor abrasador de las vegas de San Pedro y el Samaná. Atravesámos rápidamente los últimos declives de la cordillera; á las ocho pasámos el riachuelo de la Soledad, y á las nueve estábamos en la orilla del San Pedro, después de haber vadeado también las aguas reunidas de los riachuelos de Espíritu Santo y San José.

El trecho que separa la base de la montaña del río San Pedro está cubierto de gramíneas numerosas, de árboles altísimos y de plantas variadas y de curioso aspecto. Entre las primeras descuella lujosa y profusamente la célebre guadua, una de las producciones más ricas y útiles de los trópicos.

En el riachuelo de Espíritu Santo encontramos sentada sobre una piedra una linda y grande nutria. Cuando uno de los compañeros se preparaba á cazarla, el ágil anfibio se dejó rodar con blandura sobre la roca, nadó airosamente sobre las aguas de un gran pozo, nos miró como asombrado, se sumergió y no lo volvimos á ver más.

Al andar por entre esas malezas se me venía al pensamiento la idea de los numerosos reptiles, y sobre todo de las ponzoñosas serpientes que el calor, la humedad y el tiempo habrían acumulado y tendrían ocultas en ellas. No me faltaba ese vago temor, ese miedo confuso, ese presentimiento inexplicable que se apodera del alma con la contemplación de un peligro inmediato.

Al llegar al río, en donde ya la mayor parte de los peones estaban reunidos, se me dijo que una serpiente acababa de morder á un terciador. Era precisamente el más humilde y el más infeliz de todos. Lo hice sentar á la orilla del agua.

La mordedura era debajo del tobillo externo del pie derecho. Con un bisturí le practiqué dos profundas incisiones en forma crucial, de manera que pasaran los límites alcanzados por los colmillos de la serpiente; introduje el miembro herido en el agua, froté áspicamente con mis dedos para favorecer la salida de un poco de sangre y para impedir, con su corrimiento y con el labado, la absorción del licor ponzoñoso. Hecho esto, hice sacar el pie, abrí los labios de la herida y destilé en su fondo diez ó doce gotas de amoníaco líquido (álcali volátil) que traía á prevención. Al mismo tiempo que esto ejecutaba mandé tomar al enfermo, en un poco de agua de panela, doce ó catorce gotas del mismo remedio, dosis que repetí por dos veces más con intervalo de media hora. Saqué luego la sangre de la herida y vendé ésta convenientemente con una faja de trapo.

Los peones encontraron la serpiente. Era como de tres cuartas de longitud, de cabeza notablemente achatada y tenía dibujadas netamente algunas equis sobre el dorso, señales evidentes y seguras de su naturaleza maligna y letal. A pesar de la prontitud y de la eficacia de las aplicaciones hechas, como media hora después el paciente palideció, sus facciones se descompusieron, fue amagado de síncope, tuvo conatos de vómito, fatiga y ansiedad. El amoníaco administrado entonces disipó como por encanto todos esos síntomas. Es preciso advertir que inmediatamente después de curado, el hombre almorzó copiosamente.

He puesto todos estos pormenores, porque de ellos se puede sacar la doctrina mas racional, aceptada como la última palabra de la ciencia médica para la curación de las mordeduras de serpientes. Ojalá esto pueda ser de algún provecho en lo por venir (1).

El río San Pedro no tiene gran caudal de agua, pero no es tan pobre de ella que se deje vadear impunemente. Es impetuoso, cristalino, limpio, con grandes fragmentos de roca en su cauce, que forman chorros y remolinos de difícil y peligroso manejo. En una y otra orilla tiene vigorosos árboles llamados *suribios*, cuyo ramaje nudoso, recio y tenaz se inclina amorosamente hasta besar las aguas. Los que transitan la montaña ascienden por el tronco de uno de estos árboles á

(1) Continuamos creyendo que el amoníaco, como tópico y como agente difusivo, es muy buen remedio para la curación de las mordeduras de serpiente; pero en estos últimos años se recomienda la bilis de la misma serpiente, disuelta en alcohol y tomada en corta dosis. Se pondera mucho el efecto saludable de un específico inventado por un Sr. Salas; y si he de estar á lo que me cuentan, el remedio debe ser excelente.

uno y otro lado, y en las orquetas superiores colocan dos tres ó cuatro guaduas que unen con bejucos y con atravesañños de trecho en trecho. Una guadua más delgada puesta á lo largo del puente y atada á las ramas sirve de sostén ó barandal, y en ella se apoya el pasajero. Por manera que subiendo al tronco del árbol, asiéndose con la mano de la guadua delgada, y andando sobre las otras, se llega al tronco del otro árbol y se descende á la orilla opuesta. Pero son de ver las oscilaciones, los temblores, los movimientos de hamaca que sobrecogen á un desdichado cuando se encuentra en la mitad de su carrera. Caer, sería la muerte, ó poco menos, porque además de los inconvenientes del río, la altura no rebaja de cuatro ó cinco metros, y á veces llega á diez ó doce.

El puente del San Pedro estaba compuesto de cuatro guaduas, dos nuevas, húmedas y resbalosas, y dos viejas, secas y quebradizas. Fue necesario refeccionarlo, y en tanto que esto se ejecutó con algún trabajo por el peón de agua, cuya tarea por más peligrosa es mejor remunerada, nosotros nos ocupámos con ansia en hacer un almuerzo verdaderamente regio, para el cual nos servía de mesa una ancha lámina de pórfido. Decididamente nos cuidámos con una profusión que puede calificarse de epicúrea. Un ejercicio muscular violento, la influencia saludable de la brisa embalsamada de las montañas y la vista del agua cristalina, son aperitivos soberanos. Viejos enfermizos y gastados, hombres de letras revejidos por el estudio, jóvenes debilitados por los excesos, niños entecos y escrofulosos, mujeres histéricas, viajad por nuestras cordilleras si pretendéis restituir á vuestros cansados estómagos y á vuestra organización toda, la perdida actividad de sus funciones vitales.

Terminado el almuerzo y compuesto el puente, emprendimos el paso, poniendo antes en medio del río á un diestro nadador, con el fin de corregir algún accidente desgraciado. Felizmente no lo hubo, y las cosas anduvieron de lo mejor.

A poca distancia del San Pedro está el río Tamaná ó Samaná, más caudaloso que el primero, y que pasámos por puente más alto, más ancho y de peor construcción, pero sin contratiempo alguno. El intervalo entre los dos ríos está igualmente cubierto de guadual y en paisaje idéntico al anterior.

De este lado de Samaná hay una casita habitada actualmente por una pobre mujer que figura como jefe de copiosa familia huérfana, porque el padre, capturado en Honda, ha sido enrolado en las filas del ejército nacional. El estado precario y miserable de esos pequeñuelos abandonados y desprovis-

tos de su protector natural, no puede ser descrito. ¡Portentos de nuestros disturbios civiles!

Aunque á nuestra llegada á Samaná no fuesen sino las doce del día, los peones, imitando sin duda el sistema de huelgas usado por los bogas, no querían seguir, pretextando que la cuesta era muy larga, que no podíamos llegar tampoco al posadero y que en el tránsito se carecería de paja para ranchos y de agua. Yo sabía que todo esto era inexacto, y como desde el 2 de Diciembre de 1852 se sabe de buena tinta que un golpe de Estado desbarata muchos tropiezos y dificultades, resolvimos, después de haber obrado inútilmente por el convencimiento, dar uno repentino y fuerte que no carecía de peligros. Intimámos perentoriamente á los peones que el que quisiera seguarnos tomara su fardo y lo hiciera, y el que no, dejara la carga y regresara. El tono resuelto con que procedimos los convenció de que no se trataba de chanzas, y desfilaron mansamente. Uno de los allegados del mordido de serpiente se me aproximó y me dijo con aire solemne y de persuasión: "Señor: este muchacho está muy enfermo; el veneno le está *colando*, y yo tengo miedo de que se muere si sigue. Resuelvo quedarme aquí para mandar llamar un curandero muy sabio que hay en *Riódulce*." El pie estaba efectivamente un poco hinchado, más por efecto de la herida que yo le había hecho, que por intoxicación. Aseguré que ningún riesgo corría; pero como me pareció crueldad hacerle andar con el fardo, se repartió éste entre los compañeros y él siguió lentamente.

El río San Pedro desemboca en el Samaná pocas cuerdas abajo del paso. Es de corta longitud y lleva curso muy precipitado. El Samaná nace en Herveo y se forma en su principio de la quebrada *Venus* y del *Riódulce*; recibe por su banda derecha al río *Honda* y al río *Claro*, y por la orilla izquierda el *San Pedro*, el *San Julián*, el *Mulato* y otras aguas. Se une con la *Miel* en Balcones, como á una ó dos leguas arriba de Buenavista.

En las cabeceras del río *Samaná*, llamado del *Sur*, para distinguirlo de un afluente del *Nare*, del mismo nombre, llamado del *Norte*, existe el rico y célebre mineral del *Riódulce*, notable por su formación anómala y singular. La formación de este venero es de las que los mineralogistas reconocen con el nombre técnico de *stockberg*, aglomeración confusa de filones delgados, ricos los unos y estériles los otros. La explotación de esta mina produce rendimientos variables, porque las gangas aparecen y desaparecen á cada instante, son terrosas en su mayor parte, y quebradizas. El oro nativo se desprende

de ellas con extrema facilidad, lo que motiva que se pueda trabajar como de veta ó como de aluvión. Hay también en este sitio minerales de plata y algunos sulfuros metálicos más ó menos ricos. Toda la hoya del Samaná parece terreno esencialmente mineralizado.

La cuesta de Samaná comienza á levantarse desde la misma orilla del río, sin decir "quien vive," y es de las más largas, empinadas y detestables de Colombia.

Al principio tiene algunos guaduales, bien pronto cambia la vegetación y van apareciendo los árboles y las plantas correspondientes á cada faja del terreno, con extrema precisión, como gradaciones barométricas. Desde el punto inferior hasta el que ocupamos actualmente, he visto numerosas plantas de esa privilegiada familia que en el reino vegetal, y sobre todo en Antioquia, es un verdadero seno de Abraham: las orquídeas. Entre ellas, la más notable y la que más abunda por aquí, es la *vainilla* (*epidendrum vanille*), que crece espontáneamente. En varias hemos visto algunos frutos que no han alcanzado perfecta madurez.

En virtud de haber llegado temprano, me ocupé, mientras otros preparaban los alimentos, en construir un rancho *Leviatán* para pasar cómodamente la noche. La hechura del rancho es obligación de los peones de silla, quienes me han ayudado con actividad. El edificio nos ha resultado tan cómodo, que tiene hasta ropero para las señoras, es abrigado y el suelo está blando, porque lo hemos cubierto con paja fresca. Soy por ahora el Marco Vitruvio de la montaña.

El pie del enfermo mordido esta mañana por la *equis* está muy hinchado; el paciente tiene algo de fiebre. Le he puesto sobre la herida y toda la parte mala una gran cataplasma de tabaco molido, regada por encima con bálsamo tranquilo, con el fin de evitar la aparición de accidentes tetánicos, tan frecuentes en esta zona tórrida. Mañana estará bueno.

XI

RIO CLARO, 26 DE DICIEMBRE DE 1862

A pesar de la grande extensión del continente americano, de sus formas desenvueltas y arrogantes, de sus bosques inconmesurables, de sus llanuras sin término, de sus dilatadas costas marítimas, sus lagos, ríos, montañas; y á pesar, en fin de los multiplicados elementos que pueden desarrollar la vida

orgánica con formas vigorosas y colosales, se nota que los cuadrúpedos originarios de esta parte del mundo son pocos, proporcionalmente hablando, y además débiles, tímidos y sin aliento cuando se comparan con sus congéneres del África ó del Asia.

En este pedazo del continente que atravesamos, hay por ahora una soledad, un silencio y una falta de actividad vital extraordinarias. En las alturas frías, algunos pajarillos de lujoso plumaje; en las faldas templadas, carencia casi total de todo sér viviente, y en las planicies cálidas de los ríos, el paisaje un poco bullicioso y animado que antes he descrito. Cuando los árboles de la floresta se cargan de frutos, la concurrencia de los animales es algo más numerosa. Pavas, guacharacas, gurrús, loros, guacamayos, micos, uno que otro oso, rarísimos leones, dantas, saínos, guaguas y tigres. Estos son, generalmente hablando, los individuos de la especie irracional pobladores de estos retiros.

Mas bien por costumbre tradicional que por efectivo peligro, los peones y los viajeros tienen terror pánico á la clase feroz de estos últimos individuos. El tigre americano entre ellos sostiene su alta reputación de voracidad y valentía, mal merecida en nuestra opinión, pues generalmente es poco agresivo con el hombre, y limita sus ataques y depredaciones á sus compañeros de la selva ó á los ganados de las haciendas. Anoche tuvimos una aventura algo pesada y de desenlace, si bien ridículo, feliz. Como á las dos de la mañana la señora despertó temerosa, á consecuencia del ruido causado por los pasos de un animal. Me llamó azorada, froté un fósforo, y la luz de él nos hizo ver la gatita perteneciente á la comitiva. Siempre era de la especie felina. Nos reímos un poco, y continuámos durmiendo.

La jornada de hoy es corta por la distancia, uniforme por el paisaje y fastidiosa por el permanente aguacero que nos ha caído. Nada, pues, tengo que decir minuciosamente acerca del itinerario. Como el sendero ha tenido pocas cuestas, y la mayor parte del tránsito lo hemos hecho por travesías y bajadas, yo he caminado con una velocidad portentosa, y antes de las doce, acompañado por Marcos, quien cuando no me carga anda bien de prisa, he establecido el cuartel general en este sitio, que se llama *Rioclaro*, tal vez por la transparencia notable de sus aguas. Es, más bien que un río, un raudal, compuesto de chorros y remansos, por causa de las numerosas rocas esparcidas en su lecho. No fue sino una ó dos horas más tarde cuando los compañeros nos alcanzaron. Durante este tiempo, y aun después, he pasado con la estéril

pretensión de secar la ropa mojada, extendiéndola sobre las piedras de la playa. Ni un rayo de sol, numerosas nieblas por todas partes que oscurecen la cañada, ya opaca y sombría de suyo. Pañuelos, camisas y demás piezas de vestido, en vez de secarse se convierten en un verdadero higrómetro.

Marcos me conversa mucho y lastimosamente; dice que tiene opiniones muy liberales, y las explica á su modo; agrega que por motivo de ellas lo han perseguido mucho en Sonsón, que lo reclutaron con sus hijos; que los llevaron á Santo Domingo, de donde desertó con ellos la víspera del combate; que se ocultó en una montaña donde no comía sino por la noche el escaso alimento proporcionado por su mujer, y que entretanto, sin poder trabajar, con un hijo loco, otro inválido y la familia desnuda, se había visto y aun se veía en la situación más precaria del mundo. En la relación de este hombre se hallaba comprendido un fondo de tristeza desgarradora. La propensión natural de este carguero á darse comentarios filosóficos, concretaba á establecer comparaciones lamentables entre la suerte de los ricos y la de los pobres.

Adormecidos por el murmullo de las aguas vecinas, entrámos en nuestros ranchos de palma desde uno de los cuales me despido de usted (1).

XII

SAN ANTONIO, 27 DE DICIEMBRE DE 1862

Salímos esta mañana de Rioclaro, trepámos una cuesta muy áspera y dura, aunque no muy larga, hasta ponernos en la altura de San Vicente. Luégo, dejándonos caer como de bruces por la bajada opuesta, llegámos á Riohondo, riachuelo un poco más pequeño quizá que el anterior, y tributarios ambos del Samaná. Este río despertó vivamente en mi memoria recuerdos de mi primera edad, que remontan á una fecha de

(1) Hemos dado á entender en nuestras dos últimas cartas que reputámos el terreno recorrido como poderosamente mineralizado. y los últimos trabajos industriales han probado perentoriamente que hay por aquí un distrito minero de poderosa fuerza. Hoy existen muchas minas en activa explotación, y se espera que muchas otras serán descubiertas y darán pruebas experimentales de su prodigiosa opulencia. En el sitio mismo en que hemos per-octado ó en su próxima cercanía, se trabaja al presente el mineral de la Breña, de donde sacan copiosas cantidades de buen oro, y tanto es así, cuanto que uno ó más de sus propietarios se reputan ricos de millones. Es posible que nosotros hayamos dormido sobre un lecho de oro sin ser millonarios. La verdad es que, según nuestra propia opinión, esos manjares no han sido hechos para ser digeridos por nuestros débiles estómagos.

23 ó 24 años. Viajaba entonces en compañía de mi padre, anciano, pero robusto y lleno de fuerza. Al llegar á este sitio encontrámos las aguas del río aumentadas por las lluvias. Vadearlas era para mí asunto completamente imposible, tanto por la debilidad ingénita de mi organización, como por la flaqueza de mi salud, alterada por fiebres intermitentes de origen miasmático y de carácter rebelde. Mi buen padre, con la sonrisa en los labios, como ha sido y es hoy todavía su costumbre, tomó en su mano izquierda un fuerte madero que le sirvió de palanca, y asiéndome con el brazo derecho me colocó como un lio bajo su axila protectora, y sin dar ni un traspié, ni una mínima trepidación, llevó su fardo airoso nente á la banda opuesta.

Su abuelo, amigo, ha sido una especie de Hércules, y aun en la edad avanzada en que se halla, su vigor puede competir con el de los más lucidos y apuestos mancebos. Desgraciadamente las ramas no han estado en relación directa de calidad y firmeza con el tronco.

De Riohondo subímos una nueva cuesta escabrosa y prolongada como las anteriores, hasta llegar á las travesías de San Narciso y dominar la estrecha ceja de los Paramillos. Todo el terreno de este pedazo de vereda tiene un aspecto notable de esterilidad. Su pristino bosque no ha sido tocado aún por la mano del hombre. La marcha ha sido fatigosa y deplorable. Lodazales profundos, cubiertos por espinos y rodeados de una especie de gramínea llamada cortadera, de tallo prismático y aristas afiladas, han aniquilado nuestra fuerza y despedazado nuestra piel. La monotonía y la pobreza del campo que recorremos son aflictivas; sombras por todas partes, y silencio sepulcral: ni el desapacible gruñido de los saínos, ni el grito agudo y penetrante de una manada de micos ha venido á distraernos; la lluvia ha empapado nuestros vestidos.

Antes de llegar á Paramillos vimos una solanácea, arbusto de bellissimo follaje, cargado de frutos de forma esférica y de un verde tan concentrado como el de las más bien cuajadas esmeraldas. Me pareció excelente adorno para jardines.

Los Paramillos son tres picachos unidos por cejas onduladas, desde los cuales se abraza con la vista, cuando el tiempo es sereno, inmensa extensión del territorio. Por el Sur, hasta el nevado de Ruiz y aun mucho más allá, con sus selvas y sus quiebras intermedias; por el Oriente, gran parte del Estado del Tolima, los anchurosos valles del Magdalena y la falda occidental de los Andes orientales; por el Norte, las montañas de Ledesma, Cocorná y otras más ignoradas. Sólo

el Occidente queda velado por ese cortinaje titánico de cuestas y montañas que acabamos de pasar.

Los europeos, siguiendo tal vez en esta parte del mundo las tradiciones de los indios, muy al revés de lo que sucede siempre entre pueblos conquistadores y conquistados, adoptaron una extraña manera de enderezar sus caminos. Llegaban al pie de una cuesta y subían en línea recta hasta la cúspide, sin pensar que en esta materia frecuentemente la línea recta no es el trayecto más corto de un punto á otro; llegaban á una eminencia, pretendían bajar un plano inclinado, y lo hacían desviándose ó tomando por el filo de un contrafuerte, en que la estrechura es tal, que el pasajero, para no abismarse á derecha ó izquierda, tiene que ir forzosamente haciendo balanza con los brazos ó con el ojo en la tijera, á guisa de volatinero. Llegaban á un riachuelo, y lo pasaban veinte ó treinta veces por no ladear en la falda. De donde se deduce que al subir, el infeliz caminante tiene que andar con el pecho contra la tierra, y al bajar expuesto á caer de hocicos á cada instante. En pocas partes del mundo se hallan embarazos de más consideración para viajar que en Antioquia, porque á los impuestos por la rutina, se unen los que nacen de la configuración del terreno.

Yo he tenido momentos en que, abrumado por el cansancio, sentado en esos farallones, me he puesto á contemplar con detenimiento el carácter abrupto y como *destripado* de nuestro país, y dando un poquito de suelta á reflexiones impías, he dicho: Todo está bastante bien en este mundo, el mejor de los mundos conocidos; pero si yo hubiera sido el Genitor Sublime de esta portentosa creación, habría dispuesto en favor de mis criaturas que los puntos del globo que debieran ser transitados por sendas andables estuvieran dispuestos de modo que llenasen todas las condiciones de comodidad y descanso, y luego me había entretenido en hacer de lado y lado todo lo caprichoso y bello de conformidad con mi fantasía. Dejemos chanzas estúpidas y absurdas, aceptemos sumisos y agradecidos la donación inmensa y sabiamente dispuesta que ha caído de la mano del Señor sobre la favorecida humanidad. El hombre ha sido dotado de dos enormes fuerzas generadoras: la del espíritu y la del cuerpo; con ellas ha hecho siempre, hace y hará cada vez en una escala mayor todo lo que puede conducir á su bienestar y perfección.

En la tierra de progreso y civilización, tan premiosa y urgentemente demudada por el estado de nuestra patria, hay un problema vital, importante, perentorio y redentor que debe resolverse, y es el de procurarnos buenas vías de comu-

nicación. Estos pueblos interiores están fuera de todo contacto, de toda relación y de todo comercio con los demás de la tierra, tienen la existencia de la oruga, y su movimiento es tan escaso, que verdaderamente causa asombro ver á sus habitantes con algunas nociones sobre las cosas y los principios.

Un camino no se abre con un decreto ejecutivo ó con la ley de un Congreso que comience por decir "Considerando tal ó cual cosa, el Presidente ó la Asamblea, etc., dispone." La apertura de una vía de comunicación se debe al cúmulo de necesidades creadas por el acervo de intereses personales. La acción gubernativa puede proteger y auxiliar, pero no ejecutar esta clase de empresas, sobre todo en países como el nuestro, en que la soberanía constitucional parece estar en las masas y no en la autoridad. Se practica la formación de un camino carretero al través de selvas vírgenes y dilatadas soledades, para unir dos pueblos cuyas exigencias de tráfico son de poquísima consideración. Después de uno ó dos años, en los cuales la ruta ha sido poco ó nada frecuentada, la vegetación exuberante de los trópicos toma formas colosales y el terreno queda *sicut erat in principio*, y ciento ó doscientos mil pesos mal gastados.

Antes, pues, de resolver un trabajo de este género, es preciso medir y calcular la necesidad que lo reclama, y comparar sus resultados matemáticos con dicha necesidad. Pecados cometidos en contra de este principio nos han dado resultados funestos casi siempre.

Una vez resuelta la cuestión en favor de la necesidad de la mejora y creación de un camino, es preciso pensar en el medio ó medios más propios para llevar á término la empresa con probabilidades de buen éxito. Nosotros que, por casi media centuria, hemos andado á ciegas en el laberinto de los ensayos, hemos dejado muy pocas de las teorías existentes sin ponerlas en práctica y con un resultado si no funesto, á lo menos poco satisfactorio. En caminos, por ejemplo, contribución subsidiaria, contratas con individuos particulares ú obligación impuesta á los municipios para que gobiernen este ramo, y sin embargo el territorio entero se encuentra sin más vehículo racional de transporte que el ferrocarril de Panamá. Como profesamos el principio de que los adelantos materiales, morales é intelectuales deben desenvolverse y crecer por estricta gradación, comenzando el edificio por la base, en vez de principiarlo por la cima, no hablamos ahora de lo que sucede en Europa y en los Estados Unidos en este asunto, porque allá los adelantos han llegado á un grado supremo de perfección, y el sistema que rige en aquellos países es del

todo imposible para nosotros. Lo que nos importa actualmente es tener siquiera caminos de herradura, para ir de un punto á otro con menos dificultad, aunque no con gusto y placer. Los caminos de herradura, facilitando el comercio y las relaciones de toda especie, traerán á remolque las carreteras, y éstas los ferrocarriles, si es que antes la dirección de los globos aerostáticos no da en tierra con este último progreso social. Es imposible, decimos otra vez, que poblaciones que carecen de este recurso puedan adelantar un paso en la senda de su prosperidad y ventura. Antioquia, por este aspecto, está en el caso en que dice Larra que quedó la casa de correos de Madrid, á cuyas oficinas ninguna persona podía llegar porque el arquitecto olvidó poner la escalera.

Quizá convendría, ya que los esfuerzos hechos hasta el presente para procurarnos esta mejora han sido infructuosos, que echáramos, como se dice, por el atajo, declarando los caminos públicos propiedad exclusiva del Estado y los vendiéramos en pública subasta al mejor postor, imponiéndole á éste condiciones de estricto cumplimiento y permitiéndole cobrar peajes en cierta forma, cuyos pormenores serían fijados por la ley. La ejecución de este proyecto tendría la ventaja de que el Gobierno asumiría simplemente el papel de inspector, para hacer cumplir al contratista las condiciones, y á éste tocaría la tarea de mantener la vía en buen estado, con tanto mayor razón cuanto que en ella estaría comprometido su interés personal. En la ejecución de este plan podría el Gobierno fundar su principal recurso financiero, en vez de estimular, como se ha hecho hasta ahora, el vicio y la corrupción, convirtiéndolos en medios rentísticos. Se dirá, sin duda, que este sistema requiere conocimientos estadísticos que aún nos faltan; razón de más para adoptarlo, porque así se crearía la necesidad de procurarse estos datos, y su adquisición iría á la par con este ramo importante de las mejoras materiales.

Sea como fuere, nosotros pensamos que se hace acreedor á la pena de último suplicio todo ingeniero ó empresario que conserve ó mantenga caminos verticales como los que tenemos. Un estudio geográfico del plano por donde debe pasar el camino, una carta bien levantada, operaciones geodésicas bien ejecutadas, además de otras muchas precauciones y cálculos, son indispensables para dirigir felizmente estas empresas. A no ser en las llanuras de suelo compacto y duro, la línea recta debiera abolirse totalmente: caminos que hagan *eses* ó que vayan en espiral son necesarios en nuestras montañas.

De las cumbres heladas de los Paramillos descendimos,

como carta por buzón, hasta la orilla del río San Antonio, en donde actualmente estamos. La tirada es bastante larga, y el bosque sombrío y fatigoso. Sentimos un hambre de mil demonios, y es preciso satisfacerla.

Antes de todo trataré de describirle de la manera más neta posible, el salón de nuestro festín. Luculo tendría aposentos más ricos sin duda para recibir á los señores del Lacio cuando iban de la opulenta Roma á solazarse y divertirse con él en sus palacios de campo; pero, ciertamente, estaban muy lejos de ser tan espléndidos, tan vistosos y sobre todo tan naturales como el nuestro. El río San Antonio bate sus olas como alas de esmeralda á nuestros pies, y en frente tenemos un gran charco de 25 á 30 metros de anchura y de 2 á 3 de profundidad. Es el remanso más caprichoso, más lindo, más cristalino y más voluptuoso que la fantasía del poeta puede imaginarse. Algunos árboles corpulentos, de verde y obscuro ramaje entreverados con larguísimos cañones de guadua de copa ondulante y elástica, fabrican á este baño una especie de bóveda que parece formada por la mano mágica del genio de las florestas. Un suave murmullo de brisas juguetonas, de avecillas parleras, de ecos lejanos y de ruido de aguas, forma en este sitio una melodía perpetua, ligera, suave, tierna y dulcísima para el oído. Pocas viviendas, amigo mío, puede presentar la naturaleza en su estado desnudo, más apetecibles, más tranquilas ni más aceptables.

Los peones nadan y juegetean con las aguas, yo me entretengo un rato en estudiar las rocas que encuentro en el fondo del río: son muy variadas. Cuarzo en diferentes formas, sienita, traquita, pómez compacto rodado desde las faldas del volcán, serpentina, talquistó y pórfiro más ó menos grosero.

Desde mi primer viaje, que ocurrió en el año de 1836, había al través de este río un puente natural, formado por el tronco de un árbol centenario. Una parte de él ha sido gastada por el tiempo y por los embates del agua, la otra queda todavía, pero el paso por encima es actualmente imposible. A dos cuadras poco más ó menos del tambo une el río San Antonio sus aguas con las del río Moro, un poco mayores en cantidad, pero muy distantes de presentar á la vista del viajero un paisaje tan lleno de galas y donosura como el que tenemos á nuestro lado. El río Moro, sin embargo, posee la peculiaridad de contener tantos *jetudos*, que en ciertas épocas del año forman verdadero cardumen. Son tantos en número, que con un poco de destreza y paciencia se podrían coger en las partes bajas matándolos á pedradas.

Es preciso que usted se resigne un poco y asista á nuestra comida de hoy. Los cocineros somos mi mujer y yo; y acaso la descripción culinaria y gastronómica que va á seguir le sea de alguna utilidad en lo futuro. Unos peones sonsoneños que vienen del "otro valle," como ellos dicen hablando de Mariquita, han pescado con red varias sabaletas y dos *jetudos*, y les he comprado uno de estos últimos, por cinco reales de ley: el animal semivivo y palpitante todavía, fresco, lúcido y de gordura digna de toda recomendación, será la base apetitosa de nuestro festín.

Los peones han amontonado leña seca en la orilla del río. Cinco ó seis piedras escogidas al intento nos han servido para fabricar dos hermosos fogones. La lumbre prende, el humo forma nubes blanquecinas, la llama brota, la hoguera está chispeante y aguarda sólo la olla y las sartenes. Fuego, y ya pedazos de excelente carne de res bien conservada hierven en gran cantidad en el agua pura del río. Le agregamos un poco de sal y algunas hojas de aromática cebolla. La carne está cocida. Sacámos los pedazos. El caldo debe servirnos para la sopa y para algo más; pero es preciso que la olla que nos sirve no esté ociosa. Del *jetudo* hierven ya grandes pedazos, bien lavados, blancos y de pulcritud eximia, salados con anticipación; los pinchámos con los dedos y ceden como tierra y delicada masa á la presión.

El caldo de la carne, dividido en dos partes iguales, está en las sartenes, que ocupan un lugar distinto. En la primera ponemos rebanadas de plátano verde fritas, llamadas *patacones*, un poquito de pimienta, y la sopa queda improvisada. Los pedazos de *jetudo* son colocados instantáneamente en la segunda sartén; les agregámos excelente bizcocho pulverizado, al cual hemos unido breve dosis de pimienta y de cebolla cortada en pedacitos. La salsa es blanca, ligeramente espesa, y su aroma tan delicado que el manjar parece pedir á gritos que se le coma. Una sartencita chisporrotea con manteca hirviente; pedazos de chorizo de diez á doce centímetros de longitud gruñen y cantan dentro de ella y forman á su alrededor un conglomerado de burbujas espumosas que cambian de color como el dorso de un camaleón; yo los remuevo con una cuchara de palo para que no se quemen. Despiden un aroma que podría recomendarse á Lanman y Murray para la preparación de su *Agua de Florida*.

Todo está preparado. Es preciso poner la mesa; pero entretanto la fábrica debe seguir en movimiento. La chocolatera espera el chocolate, que al fin debe presentar una su-

perficie espumosa que refleje alternativamente los delicados matices del ópalo, del granate, el rubí, el topacio y la esmeralda. Ya estamos sentados todos formando un gran círculo, cuál sobre un trozo de guadua, cuál sobre un madero carcomido, éste sobre una piedra, el otro sobre un tercio. Veamos un resumen de la *carta*.

Pan de buena calidad; bizcocho ídem; arepas, carne cocida en pedazos, tierna y delicada; ídem. en polvo como para almuerzo antioqueño; sopa de plátano caliente y sabrosa; *jetudo* en salsa blanca; chorizos fritos, apetitosos y magníficos; bocadillos de cidra y de guayaba; una caja de jalea recomendable por su transparencia y sabor, y chocolate como el mejor de Caracas ó Soconusco.

Yo no sé qué dirá usted, pero para mí los manes memorables de Heliogábalo, del Mariscal de Richelieu, de Brillat Sabarain y todos los gastrónomos históricos deben remover el polvo de sus sepulcros para venir á contemplar con ojo de envidia este banquete de peregrinos, al aire libre y según la naturaleza, en estas salvajes y bárbaras soledades de la América. Agregue usted á todo esto que el estómago, por consecuencia de la fatiga del día, está como atacado de enajenación mental: no reflexiona ni discute, grita y pide; no suplica, toma; no come, devora: es la bulimia con todo su carácter espantoso. ¡El peje, sobre todo, el pescado, amigo mío: la *corvina* de Guayaquil, el *capitán* de Bogotá, el *peje rey* de Lima, la *mojorra* de nuestras costas, el *salmón* de Londres, el *bacalao* de Terranova, el *tourbot* de París, todo eso se queda en pañales cuando se compara al *jetudo*, habitante tranquilo y sosegado de nuestros coléricos y mugidores torrentes!

Quedé tan contento del pescado, que inmediatamente después de comer entré en negociaciones con los pescadores, á fin de ver si podía hacerme al que les quedaba, á cualquier precio. No se allanaron á vendérmelo por dinero; pero quiso la fortuna que llevando ellos una escopeta y careciendo de pólvora y munición, lo trocaran gustosamente por una cantidad moderada que les di de ambos artículos. Ya tenemos asegurado otro festín para mañana.

Barriga llena aguanta trabajos, dice el adagio, y nosotros necesitamos bien este requisito para soportar las penalidades que aún nos restan en lo que sobra de montaña. Sin jactancia puedo asegurar que desde Núñez Pedroso, descubridor de este río, hasta nuestros días, ningún mortal ha pasado por estos andurriales con más holgura y comodidad que nosotros.

XIII

ZACARÍAS, 28 DE DICIEMBRE DE 1862

La noche anterior fue clara y serena en su principio; pero entre las once y la una de la mañana algunos truenos sordos por el lado de las cabeceras del río Moro anunciaron tempestad. El aguacero llegó hasta nosotros, las aguas crecieron, y por la mañana nos fue imposible vadear temprano el San Antonio y el río Moro, que, como he dado á entender, debíamos pasar casi por el vértice de su ángulo de confluencia. Como á las diez, con algunas dificultades, lográmos salir de este embarazo, y comenzámos á escalar la más empinada y difícil cuesta de toda la montaña. Es cosa de echar los pulmones de un solo resuello en esos diabólicos repechos. El paisaje es uniforme y puede considerarse como una repetición de los descritos anteriormente en sitios iguales. En medio de la cuesta, en un paraje más cálido que frío, encontramos un árbol de *cedrón* con algunos frutos. Las semillas de este árbol gozan desde tiempo inmemorial de gran reputación por sus virtudes medicinales. No sé hasta dónde tenga fundamento la opinión popular que encomia las cualidades de ese vegetal; pero es lo cierto que las habas de aquel fruto, raspadas con un cuchillo, ó convertidas en polvo, se aplican por el vulgo, con fe ciega, como contraveneno en las mordeduras de serpientes y en las picaduras de escorpión; como febrífugo en las calenturas intermitentes, y hasta como específico contra la rabia canina. Sin creer á ojo cerrado todo lo que se dice para ponderar la eficacia del medicamento, pienso que merece un atento estudio (1). Es principio que toda substancia vegetal que tenga propiedades físicas y químicas bien pronunciadas, posee acción enérgica sobre el organismo animal, y el *cedrón* se halla en ese caso.

Hay alguna analogía en la forma y estructura natural de esta semilla con las del haba de San Ignacio, y por esto tal vez cuando se raciocina por analogía, se ha creído descubrir en ella un alcaloide ó base orgánica por el estilo de la *estricnina* ó la *brucina*, y se ha querido atribuírle además un efecto venenoso, administrada en cortas dosis. Las propiedades tóxi-

(1) Ya está hecho y descrito por nosotros en la biografía de nuestro ilustre amigo el Dr. Alejandro Restrepo C.

cas del cedrón me parecen un poco más dudosas que sus propiedades medicinales, en las que creo *sub conditione*, sin dejar por esto de pensar que estudios terapéuticos bien seguidos le den con el tiempo honrosa colocación en la materia médica. Durante el invierno de 1852 hice una serie de experimentos en París, con el fin de señalarle á esta substancia sus propiedades químicas. Por insuficiencia sin duda de mis conocimientos científicos. no llegué á un resultado satisfactorio; pero sí me persuadí de que dando á un perro una onza de polvo ó alguna cantidad de un aceite amarillento que contiene, ó de un aceite verde que igualmente he hallado en ella, no se consigue otra cosa que purgarlo mucho, mas de ninguna manera matarlo. En el mismo año á que me refiero, el Sr. Levy, catedrático de química en Bogotá, anunció al mundo científico el análisis químico del cedrón, y que había descubierto en él un alcaloide que llamó *cedrina*; pero como no expuso el procedimiento seguido para obtenerlo, ni su análisis elemental, el asunto se miró con indiferencia por los sabios europeos.

Un poco más tarde he sabido que trabajos de este género fueron continuados por algunos químicos distinguidos, y que al fin se ha logrado establecer el procedimiento para obtener la base cristalizada. Nuestra desfavorable posición para seguir diariamente esta clase de investigaciones nos hace ignorar completamente la verdad del hecho.

Las semillas del cedrón, un poco más grandes que una haba ordinaria, tienen forma que les asemeja algo á esta clase de legumbres. Son duras, de un blanco pardusco, relucientes al corte, de un débil olor nauseabundo y excesivamente amargas. El árbol que las produce tiene de 20 á 30 pies de altura, y se encuentran algunos de doble elevación.

Recomiendo muy de veras el estudio de este producto americano.

Nos llovió algo al principio de la jornada, y en el monte llover algo, quiere decir llover todo el día; porque los árboles recogen el agua en las copas, ramas, hojas y tronco y la destilan sin intermisión sobre el infeliz viajero.

La cuesta del río Moro, que es inclinadísima y de ingrata memoria para todo el que haya tenido que recorrerla, forma el principio de un cambio de dirección en el sendero que se transita. Hasta entonces se ha venido directamente al Oriente; pero allí se toma un rumbo casi al Sudeste, y siguiendo la cordillera intermedia entre el río Moro y la Miel, se oye siempre á la derecha el ruido fuerte y sacudido del primer río, que se dice forma pozos y cascadas de considera-

ción. Este desvío alarga mucho la distancia que debe recorrerse hasta Honda; pero los peones aseguran que si se busca pasaje más directo se encuentra una serie de peñones de difícil tránsito. Trabajos posteriores harán sin duda descubrir buen terreno para establecer una vía de comunicación más corta y menos incómoda (1). Por ahora es preciso someternos á las dilaciones, vueltas y embarazos de la detestable huella que llevamos. Llegámos como á las tres de la tarde á este punto, que, como usted ve por la data, se llama Zacarías y que está situado sobre el lomo de la cordillera, uno de los puntos más húmedos y tristes del globo. Es el peor albergue que hemos tenido. Muchos árboles de la familia de las acacias, cubiertos de un número infinito de flores amarillas, esmaltan el bosque alrededor; pero como el sitio es tan triste, estos mismos árboles parecen un adorno fúnebre y dan á nuestra posada el aspecto de un gran panteón. El agua está en una profunda cañada, y los racioneros que han ido á tomarla vuelven despavoridos porque diz que han visto el tigre. Los ranchos están entre el lodo, y cada cual refiere haber encontrado en ellos una ó más culebras en distintos viajes.

Ya es de noche, y como es viernes, los peones entonan á una el canto monótono y discordante de lo que ellos llaman *Manífica*.

Todo es melancólico y sombrío por esta noche; pero hemos tenido para consuelo soberbia cena preparada con el *jetudo* que obtuvimos en cambio de pólvora y municiones.

XIV

RÍO LA MIEL, 29 DE DICIEMBRE DE 1862

Son las cinco y media de la mañana; ya estamos en movimiento, y seguimos siempre la cresta de la cordillera que debe conducirnos á la cima del Rodeo. "El Alto del Rodeo, dice Marcos, es un morro muy *celoso*: en el momento en que oye un grito, larga una tempestad de truenos y rayos y unos aguaceros terribles." La facultad de razonar que le atribuyen los peones, y por la cual se encoleriza á las voces y gritos, nos parece por lo menos discutible; pero ello es verdad que en cierta ocasión hemos presenciado, estando en su cúspide, una de esas borrascas secas, puramente eléctricas, que se des-

(1) Entendemos que en diez ó doce años que acaban de pasar se ha fundado en estos contornos el pueblo de San Agustín, que prospera medianamente y aguarda mejor desarrollo por la riqueza minera de que está rodeado.

envolvió en las hondonadas inferiores al cerro y que nos dejó por algún tiempo en calidad de Júpiter Tonante, pues parecía que los rayos salieran de nuestros pies. ¡Era vistoso y magnífico espectáculo! La chispa eléctrica volaba de nube en nube, en ráfagas de vivísimo fuego, imitando en sus curvas y movimientos la forma de irritadas serpientes. La descarga se dejaba oír aterradora, recorría con imponente fuerza el espacio y mandaba ruidos lejanos y prolongados que se perdían en ecos debilitados en lo más remoto de la soledad. Era una especie de bombardeo celeste de la más grandiosa y soberana expresión.

La altura del Rodeo no es tanta que llegue á enfriar notablemente la atmósfera; pero sí es de bastante consideración para desenvolver de lado y lado la vista de un extenso panorama. Desgraciadamente, bien poco se divisa por algunos claros escasos é interrumpidos que deja el bosque de uno y otro lado. Lo demás se ve á manera de un velo formado por el ramaje entretejido de los árboles. A la espalda se dejan las montañas de Antioquia con todos sus horrorosos encantos; á la izquierda se tiene, como si estuviera muy cerca, el cauce del Magdalena, con algunos promontorios de roca, destacados con irregularidad en el espacio intermedio. A la derecha se divisan las vertientes del río Moro y las selváticas pendientes del Herveo, y al frente la hoya del río la Miel, las llanuras interminables del Estado del Tolima con sus lejanas cordilleras.

En el Alto mismo del Rodeo hay una cosa bastante digna de llamar la atención, y es una especie de fortaleza antigua, rodeada por un foso circular, cegado ya casi por los restos vegetales. Los peones dicen que son reliquias de un baluarte construido por los indios para defenderse de los españoles; pero yo ignoro la verdad del hecho.

Desde el Rodeo se anda por vía menos dura, por terreno más fértil y por bosque secular de belleza y magnificencia superiores á toda ponderación. El espacio entre los árboles es claro, sin espinas ni abrojos, sin matorrales, y además exhala aroma saludable y tónico. El suelo está acolchado por la hojarasca y no tiene uno de esos reptiles tan repugnantes y peligrosos que abundan en la tierra caliente; los troncos de los árboles se elevan rectos y cilíndricos, como las columnas de un palacio, hasta 40 ó 50 metros de altura; y entre ellos el *sande* ó árbol vaca ofrece una corteza llena de jugo blanco y azucarado, semejante en su sabor á la leche. Se dice que esta substancia goza de exquisitas propiedades nutritivas y medicinales, y que es propia para combatir las afecciones del

bazo; pero yo, poco dispuesto á creer sólo bajo palabra todo lo que el vulgo da por hecho, me contento con recomendar su estudio, del mismo modo que lo he verificado para con el caraño y el cedrón.

A las diez almorzámos fiambre en Rancholargo. Los peones dividen las jornadas en *cochas*, y cada *cocha* está señalada por un punto ligeramente abierto, en que se descansa por algunos minutos de la mortificación y fatiga producidos por el camino y por el peso de la carga. Entre *cocha* y *cocha* la distancia podrá ser de una milla de longitud, y desde Rancholargo hasta el río la Miel hay tres ó cuatro, que yo he andado con mucha rapidez, llevando á Marcos en mi compañía. A las doce estábamos en la orilla del gran pozo por donde se atraviesa el río. Los compañeros fueron llegando, y á las tres de la tarde estábamos instalados de esta parte, en territorio del Tolima. Ya hemos dado nuestro adiós á la querida tierra antioqueña.

Cuatro palabras sobre el modo de pasar el río. Cuando la balsa no está construída, es preciso fabricarla, operación que corre de cuenta del peón de agua, con el auxilio que busca en sus amigos. Cortan árboles cuyo peso específico les es conocido; se proveen de bejucos que, como la madera, son muy abundantes, y en un santiamén atan los maderos unos con otros y queda hecha una cama que sobrenada perfectamente.

Por fortuna nosotros encontramos una ya construída, que habia servido á personas que nos precedieron, y que estaba amarrada en la opuesta orilla. Un nadador, con una cuerda entre los dientes, la puso en nuestra orilla; dos maromas convenientemente dispuestas sirvieron para tirarla de uno y otro lado, y la operación de transportar equipajes y personas se hizo pronto y sin el menor accidente. Hemos nadado muy á nuestro gusto en las aguas verdosas y profundas de la Miel; nos hemos cuidado á maravilla, y yo he ejercido mi profesión de cirujano en un racionero á quien arranqué dos muelas. El muchacho estuvo heroico; el tiempo es soberbio; los ranchos buenos, y todo anuncia una excelente posada.

XV

GUARINÓ, 30 DE DICIEMBRE DE 1862.

De la Miel salimos á las seis de la mañana. A las diez llegámos á Victoria; á la una, al Aguacate, y á las cuatro á Guarinó. De la Miel hasta la primera altura culminante se

trepas por una cuesta, que no es otra cosa que la página correspondiente á la que se había bajado desde el Rodeo. En esa lujosa vegetación hay riqueza digna de estudio. Entre otros árboles recomendables, llamó mi atención el *ura crepitans*, ajuapa de los indios, *mil pesos* de nuestros calentanos, cuyas propiedades tóxicas y cuyo fruto merecen detenido estudio. El grupo de las uráceas contiene un individuo, el *ura brasiliense*, cuya resina se recomienda en estos últimos tiempos para la curación de la lepra. Suspendo mi juicio sobre la materia, pero no echo por el lado del escepticismo.

Del Alto hasta Victoria la topografía se compone de una sucesión de colinas que en Europa serían montañas, y que entre nosotros son apenas *reventoncitos*, como con desdén los llaman los peones.

Es muy bello ese pedazo de terreno: primero un bosque de soberana majestad, sombrío, fresco, delicioso; después una loma cubierta de gramíneas, en cuya circunferencia se destacan numerosas flores purpurinas ó blancas como la nieve del Ruiz; luego un plano inclinado y una plataforma de vista encantadora; en seguida otro bosque, y andando más, otro campo raso con caracteres idénticos á los antecedentes. Aquí un arroyo, allí una fuente, allá una quebrada, más lejos un riachuelo; de este lado una enredadera con macetas de púrpura, oro ó coral; de otro, la música armoniosa del toche enjalmado, del azulejo ó del turpial, el chillar de las guacharacas, el graznido monótono y desapacible del paujil, y de vez en cuando el surco ondulante y asustador de una víbora sobre la grama. Todo esto formando un cuadro que se completa con la temperatura del lugar, templada y agradable en extremo.

En Victoria el paisaje entrevisto desde el Rodeo se desenvuelve con formas más definidas y perceptibles. Es un anfiteatro desde el cual se alcanza á ver al pie y de frente todo el espacio comprendido en los valles de Guarinó y de Gualí, y después de ellos los llanos de Mariquita, las vegas de Ambalema, las sabanas de Neiva, las extendidas abras de la Cordillera Central y las vertientes occidentales de los Andes de Oriente. El Magdalena también revela á trechos su prepotencia y sosegado curso en parches inmensos de agua que simulan otros tantos lagos.

Entre Victoria y Guarinó el espectáculo cambia repentinamente: es la naturaleza de los países cálidos en su fisonomía más atrevida y con toda su elocuencia y poderío. Toda producción natural, todo elemento es allí fuerte y vigoroso. El *hobo* lleva hasta las nubes su intrincado ramaje, produce

su fruto delicioso, lo madura, tapiza el suelo con él, satura la atmósfera con torrentes de aroma y aplaca la sed del fatigado viajero con su jugo ácido y azucarado. Las palmeras, variadas en calidades pero uniformes siempre en su grandiosa estructura, suelen guarnecer el tronco con largas espinas para su defensa. El calor abrasa; los mosquitos pican y envenenan la sangre; el tábano hunde su aguijón en las carnes; el aire se carga de miasmas deletéreos; el rocío de la noche alcanza proporciones de llovizna; y la selva enmarañada es el albergue seguro de terribles serpientes, de leopardos, lagartos, monos, ciervos, saínos y todo ese conjunto de bestias, dañinas unas y útiles otras, que sacan su alimento y su vida de los recursos que la Providencia coloca á su alcance. En ese circuito, tan opuesto á los esfuerzos civilizadores del hombre, la cultura comienza á levantar su faz, débil y enfermiza es verdad, pero laboriosa y valiente. Algunos habitantes, distinguidos con el sello destructor de la temperatura y de los agentes mencionados, se esparcen á lo largo del camino, en diferentes direcciones, y son dueños ya de cortas heredades y plantíos. Por una justa compensación, esa fuerza productora que preside á la formación y desarrollo de seres y de cosas opuestas á la existencia del hombre, se extiende igualmente á la producción rápida, instantánea, rica y generosa de los seres y de las cosas útiles, provechosas y redentoras para la vida nacional: pará, yerba de guinea, tabaco, cacao, plátano, mango, guayaba, caña de azúcar, café, totumo, calabaza, coco, dátil, nolí, cuesco, ciruelo, hobo, níspero, marañón, zapote, mamey, mamón, chirimoyo, piña, piñuela, anón y no sabemos cuántas producciones más, todo viene espontáneamente, con poquísimo cultivo y sin esfuerzo mayor en esa comarca privilegiada por Dios, cerca de un gran río navegable y en donde además la crianza del cerdo, del ganado vacuno, lanar y caballar puede ejecutarse con rapidez y provecho. El suelo en grande extensión está cubierto de aluviones auríferos, de ricas venas del mismo metal y de famosos minerales de plata.

Notará usted algún vacío en los pormenores que se refieren á la descripción de esta última parte del territorio recorrido hoy. Este último defecto trataremos de enmendarlo un poco en la carta siguiente y con más detenimiento en la parte histórica de la conquista relacionada con estos y otros puntos vecinos.

A propósito de la conquista de Antioquia, debo hacerle notar que, al escribir estas cartas agregué á ellas lo que á esa historia se refiere; pero que reflexionando luego que la lectura

de ellas sería soberanamente fastidiosa, resolví separarlas unas de otras, sin renunciar por ello á poner los apuntes históricos en libro separado, porque aunque la materia carezca de importancia, me duele perder el trabajo empleado en tan minuciosas investigaciones.

Hemos pasado el río Guarinó por un puente detestable y expuestos á no pocos peligros; mas sea como fuere, ya estamos en la posada y dispuestos á entregarnos á un sueño reparador.

MANUEL URIBE ANGEL.

(Continuará).

TÍTULO DE REGIDOR DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ

CONCEDIDO POR CARLOS III Á D. JOSÉ DE CAYCEDO EN 1786

D. Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Islas, Indias y Tierra firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Absburgo, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etc. Con carta de quince de Diciembre de mil setecientos ochenta y cuatro, remitió el Fiscal de mi Real Audiencia de Santafé tres testimonios sobre el remate del Oficio de Regidor de aquella ciudad, hecho en vos, Don José Caycedo y Flórez, á fin de que como oficio de menor cuantía me dignase mandar despacharos mi Real Confirmación, á consecuencia de mis reales cédulas expedidas sobre el asunto. Por dichos testimonios se reconoce que, practicadas las diligencias dispuestas por derecho, enterasteis en aquellas mis Reales Cajas cien pesos en que se os remató el dicho oficio, como también tres pesos siete reales y quince y medio maravedís, tocantes al derecho de media annata; y que habiendo costado todo á mi Virrey de aquel Distrito, os despachó para su uso y ejercicio el título correspondiente, en